

Hadjadj, Fabrice. *Lobos disfrazados de corderos. Pensar sobre los abusos en la Iglesia*. 100XUno 135. Madrid: Encuentro, 2024, 145 pp. ISBN: 978-84-1339-205-9.

Esta obra viene a implementar la literatura en torno a los abusos en el ámbito eclesial, que se multiplica año a año. Lo propio de este libro se encuentra en la perspectiva y en la peculiar mirada del autor. Fabrice Hadjadj es un filósofo francés convertido al catolicismo y ambos rasgos marcan la perspectiva de su libro. El género de éste, cercano al ensayo, es acorde con su profesión y formación. El tono filosófico que recorre sus páginas y su teología, de claro corte tomista, también resulta coherente con su condición de neoconverso.

Tras un amplio prólogo, el libro se estructura en dos partes claramente diferenciadas. La primera de ellas es la plasmación por escrito de un coloquio sobre un libro de Tangi Cavalin. Éste trata de los abusos perpetrados por los hermanos Philippe, ambos frailes dominicos y uno de ellos, Marie-Dominique Philippe, fundador de la comunidad de San Juan y profesor en la Facultad de Teología de Friburgo, donde tuvo lugar el coloquio. “Pero nuestros padres se entregaron a la soberbia... Reflexiones sobre el *affaire* de los hermanos Philippe y de Jean Vanier” es el título de esta primera parte.

No deja de llamar la atención la insistencia de Hadjadj en recurrir al término *affaire* para hablar de los delitos cometidos por estos personajes eclesiales. Sin duda, el uso recurrente de esta palabra se debe al título del libro de Cavalin que orienta el coloquio. Con todo y puesto que el lenguaje crea realidad, resulta bastante desconcertante y poco respetuoso con sus víctimas el uso de un eufemismo para hablar de los abusos sexuales cometidos por estos personajes. Este detalle, que podría pasar desapercibido para el lector, pone en evidencia la perspectiva global del libro.

En las páginas de la obra no se vislumbra tanto la visión de alguien que haya escuchado y hecho suyas las inquietudes de las víctimas como la de quien reflexiona desde su postura de víctima secundaria en tanto miembro de la comunidad eclesial. Como integrantes de la Iglesia, los abusos que se dan en su seno nos afectan, por más que sea a un nivel y de un modo muy diverso a quienes los han sufrido en carne propia. Esta perspectiva, que se muestra sensible a un tipo de víctimas, pero con aparente poca conexión con aquéllas primarias, condiciona inevitablemente la mirada que ofrece Hadjadj y hace que algunas de las expresiones que utiliza dejen al lector con un regusto a «media verdad».

La segunda parte del libro, titulada “Pequeña crítica de la razón compasiva”, también es la versión escrita de una conferencia pronunciada por el autor con motivo del aniversario de una asociación de ayuda a personas abandonadas en las calles de Manila. En estas páginas intenta desgranar el verdadero sentido de la compasión a partir de lo que implicaría congratularse y planteando que se trata, sobre todo, de «fructificar y hacer fructificar a otro» (p. 122). Una clara idea de aquello en lo que consiste compadecerse resulta esencial para el autor, porque considera que la compasión mal entendida es un riesgo de tal calibre que se convierte en el disfraz del asesino (p. 103).

Uno de los puntos fuertes del libro es que, en varios momentos, alerta del riesgo que conllevan las posturas pendulares que pasan del extremo de ignorar y no abordar los abusos al otro extremo de «abusar de los abusos» (p. 18). De hecho, denominar a toda mala praxis como «abuso» sólo consigue minimizar la gravedad de los delitos en una especie de equiparación «por lo bajo». Desde esta clave, Hadjadj hace una repetida llamada a la lucidez que impida posturas maniqueas. Según su propuesta, reconocer que nadie es «puro» y que, paradójicamente, pueden extraerse elementos positivos de obras, como las llevadas adelante por el Arca, institución a la que se refiere explícitamente en el libro, prevendría de estas posturas extremas.

En esta línea, el autor llega a plantear que, de algún modo, todos somos lobos en medio de corderos (p. 24), asumiendo así el mismo error del que él quiere advertir, igualando «por lo bajo». Evitar los movimientos pendulares no puede implicar el riesgo de que todos nos situemos en el mismo nivel en éste ser lobos unos para otros, pues podría convertirse en un sutil modo de minimizar la mayor gravedad y responsabilidad de algunos.

Como el mismo Hadjadj advierte en su amplio prólogo, su obra está más cercana a la poesía que a la teología (p. 13). Así se evidencia, por ejemplo, en la manera en que recurre al texto bíblico, de forma más sugerente que rigurosa. Desde este punto de partida, no es de extrañar que sean discutibles algunas de los efectos teológicos de las afirmaciones del autor. Sólo a modo de ejemplo, cabría preguntarnos qué sucede si extraemos las consecuencias antropológicas de su afirmación: «la compasión sin pasión de Dios en su divinidad elimina todo lo que es pecaminoso y, por tanto, nos impide ser nosotros mismos» (p. 118).

Algo similar sucede cuando parece plantear que el testimonio creyente de los agresores no queda empañado por su pecado, pues, según afirma él, aquello de lo que se da testimonio es de la santidad de Cristo y no de la propia santidad (p. 12). De tal consideración se deduce que la comunidad creyente no se ve afectada por la santidad de sus miembros y que su capacidad para testimoniar la santidad de Dios no se ve mermada u opacada por el pecado de la Iglesia. De este modo, la crisis de los abusos en el ámbito eclesial no parece tener repercusiones institucionales y quedarse en una cuestión individual que no afecta a la comunidad más allá del escándalo que puede implicar, llegando a afirmar que el drama de los abusos es «ante todo espiritual» (p. 29).

La brevedad de la obra y la belleza de su lenguaje no contradicen la densidad del pensamiento que se plasma en él. Una lectura atenta y crítica puede abrir, sin duda, a un diálogo rico a partir de las consecuencias teológicas que se derivan de sus palabras.

IANIRE ANGULO ORDORIKA

Facultad de Teología de la Universidad Loyola Andalucía
iangulo@uloyola.es